



COMISIÓN 8

Licenciatura en Comunicación Social

Índice

1. La venganza nunca es buena, mata el alma y la envenena. Agustín Abalo.
2. Sueños vívidos. Vivian Abelardo.
3. Novia de la noche. Santiago Castro
4. Anette. Marcos Fleming.
5. Funeral de un muerto. Enzo Gargiulo
6. El silencio de las cadenas. Martín Giménez
7. En mi lecho. Diego Gómez de Morais
8. Ajetreando el teléfono. Aluminé Guerra
9. ¿Ahora aparecen? Melina Martínez
10. Mi último día. Facundo Hernán N
11. Él me mira. Cristian Payalef Aramburu

La venganza nunca es buena, mata el alma y envenena

Agustín Abalo

Al llegar a la costa, Edmundo aún sin saber dónde se encontraba, sabía cómo se encontraba. Estaba hambriento y cansado pero feliz, con un propósito claro, quería vengarse de quienes lo traicionaron y estaba dispuesto a realizarlo sin perder tiempo. Quizá Mercedes no se había casado aún, pensó.

Luego de serenar sus pensamientos, conseguir alimentos y descansar tirado en la costa de cara al sol con una formidable sonrisa en su rostro, comenzó su búsqueda de justicia. No le gustaba hablar de venganza pues recordaba las palabras de Abate Faría “La venganza es mía, dijo Dios” y él estaba muy lejos de ese Dios. Se prometió asimismo hacerlos padecer cada segundo del dolor que él mismo había sufrido en los años en prisión.

Al primero que encontró fue a Caderousse, lo vio saliendo del bar del club donde iba a ver las carreras de caballos. Viejo burrero, pensó, burrero y envidioso. Lo siguió hasta la casay esperó pacientemente que se durmiera y así entonces arremetió, se coló por una ventana y una vez adentro, aprovechando que el viejo estaba ebrio, abrió las hornallas de la cocina y todas las llaves de gas de la casa, luego roció todo con nafta, prendió fuego y huyó.

A Fernando lo esperó que volviera a la canchita donde los martes jugaba con sus amigos a la pelota. Por suerte aún no se había casado con su prima la cuál era muy buena para Edmundo.

Lo noqueó con un golpe y lo arrastró hasta una habitación de su propia casa. Allí lo ató colgando de los brazos desde un tirante del techo. Estaba amordazado, atado de pies y manos, completamente desnudo. Cuando abrió los ojos, sin entender absolutamente nada, pudo reconocer el rostro de Edmundo que estaba sentado en la cama, con un brasero encendido y un atizador dentro del mismo. Apilaba una cuchilla cuando Fernando cobró consciencia, entonces se puso de pie, le cortó el miembro viril y lo obligó a comérselo cauterizándole la herida con el atizador. Luego de eso le clavó los brazos a la viga mientras con los ojos llenos de sangre gritaba “Yo soy el camino, la verdad y la vida”.

Fue hasta el puerto y encontró a Danglarsa bordo del que debía ser su barco. Su corazón se estremeció ante la opulencia del Faraón. Subió y fue directo a

encontrarse con Danglars cuerpo a cuerpo. Tuvieron un combate cargado de violencia y sangre. Él mismo era consciente del placer que le generaba verle desfigurársele el rostro, gozaba cuando una gota de sangre del mismo Danglars caía en su boca y se relamía con el sabor de la justicia, una justicia que las leyes no entenderían, pero que les traería paz a su corazón, o al menos eso creía.

Cuando Danglars estuvo tumbado en el piso ahogándose con su propia sangre, lo subió hasta el palo mayor del barco y lo crucificó escribiéndole en el vientre con su cuchillo, las silgas INRI.

Fue entonces que se dio cuenta que el Abate Faría había hecho una labor excelente con él. No solo lo ayudó a tomar consciencia de las traiciones que lo rodeaban, sino que además le despertó la fe en Dios.

Así fue que decidió involucrarse más en ellos, tales así que hoy es cura en una capilla de Villa Ortúzar.

Sueños vívidos

Vivian Abelardo

Lo inoportuno de sus pesadillas lo aterrizzaba cada vez que uno llegaba. Lo hacía sentir abrumado por un momento, pero automáticamente después de despertarse, volvía a dormirse y sus sueños se desarrollaban con total normalidad. A veces bizarros, otras situaciones de su día a día, sus mayores preocupaciones o sus más grandes anhelos. Llegaba a pensar que los sueños eran superfluos, o una recopilación de lo vivido durante el día. No les daba demasiada importancia.

Pero la particularidad de sus pesadillas era que perduraban durante mucho tiempo en su cabeza, no como los sueños, ella sabía, estaba segura que por la poca cotidianeidad, sumado a lo traumático que era. Nunca los asoció con una posible superstición, quizás debería hacerlo hecho.

Todas y cada una de ellas se relacionaban con la muerte de familiares o personas muy queridas. Y a su vez todas tenían un común denominador, la muerte causada por accidentes automovilísticos.

El último que me contó, antes de que pasara lo inevitable, fue mi propia muerte. Empezó contándome que estaban todos en una juntaba en la laguna, pero que esta

era mucho más grande lo de lo normal, habían tardado mucho en llegar hasta allá. Cuando llegaron, se dio cuenta que yo no estaba y que todos tenían caras de preocupación. Miraban el celular, hablaban entre dientes y cada vez que ella se acercaba a ver qué pasaba, le ponían excusas. Pero ella sabía que algo pasaba. Me dijo que después la imagen cambió repentinamente y cuando con una amiga pasaban casualmente por mi casa, veían el lugar lleno de autos y motos. Dentro de la casa estaba silencioso, la gente sentada como estatuas y ella llorando desconsoladamente.

Sus pesadillas eran mi vívidas, realistas e impactantes, y sus despertares estaban llenos de congojo, eran muy traumáticos. Nunca las escribió, yo intentaba darle ánimos para que lo haga, pero decía que no eran suficientes para un relato, que faltaba algo que le dé un cierre espectacular y no riéramos y olvidáramos. Al final, y muy irónicamente, ese cierre espectacular sucedió, porque ahora no está y yo estoy contado la historia por ella.

Novia de la noche

Santiago Castro

Soy taxista de madrugada, recorro toda la ciudad, levanto pasajeros, recados, algún trabajo de perico hago, transporté las caras más raras que alguien puede encontrar en las noches. Aún así lo espeluznante de lo que no tiene cara nunca lo había visto. Siempre se contaron historias sobre cosas extrañas que les pasa a los chóferes en la noche. Ya sea algún chorro, borrachos, alguno que está loco, siempre me pregunté si habré llevado algún asesino. Por las dudas estoy armado con una nueve abajo del volante, en un compartimento secreto que le instalé, y también un gas pimienta ya que una señora viuda como ya no puede andar sin protección en las calles y horas tan oscuras.

No me gusta ser taxista pero me hice noctámbula. Pasaba las noches leyendo novelas porque no podía dormir mientras él trabajaba. Después de su partida tuve que salir a trabajar yo el taxi, ya que es lo único que me dejó.

La autopsia dio que se durmió. Se fue a la banquina, él pegó un volantazo y el auto empezó a rodar, salió expulsado y se reventó el cráneo contra el asfalto me dijeron

los policías. Pero para mí algo más le pasó porque nunca se durmió ni se quejó de trabajar de noche. Algo le movió el volante, estoy segura.

Lo digo por lo que viví en esa calle, lo que viví como taxista. Por la radio me avisaron de un viaje a Berisso re lejos. Agarré por calle 122 para tomar la calle 96 porque me quedaba más cerca. La 96 es donde él volcó. Son unos diez kilómetros de nada hasta llegar a Berisso, por eso dijeron que se durmió. No hay un alma en esa calle, solo el asfalto, la banquina y el arroyo que el camino bordea.

Antes de la mitad del recorrido vi sobre el costado de la calle una mujer sola en la oscuridad caminando en el mismo sentido que yo. Cuando fui acercándome noté que tenía un vestido de novia. Me dio pena que estaba sola, caminando por ahí, vestida así y fui aminorando la marcha unos setenta metros antes de rebasarla. Porque una debe tener cuidado, capaz es una chorra que te la actúa y después te afana todo.

Cuando la rebasé vi que estaba temblando, con la cabeza gacha y un bolsito blanco en una de sus manos. Frené unos metros delante de ella. Abrí un costado del compartimento del arma por la dudas. Ella se acercó lentamente y cuando no la alumbraron las luces traseras sentí que desapareció hasta que estuvo parada al lado de la puerta derecha trasera del taxi. Abrió la puerta, se sentó y yo arranqué la marcha despacio.

Le dije buenas noches y le pregunté qué hacía en esos lugares a esas horas sola. No me contestó. Por el retrovisor intentaba verla bien pero estaba de costado, con el velo blanco sobre la cara mirando hacia el campo. Se pegó la mano a la cara y me dijo que la lleve a su casamiento en medio de un sollozo.

Le contesté que yo iba para Berisso, que la podía dejar en la Montevideo o si iba para el mismo lado que el viaje que yo estaba yendo a buscar la podía alcanzar. Silencio, luego de dos sollozos más. Intenté tranquilizarla diciéndole que ya iba a llegar, que la alcanzaba. Me contestó que bueno, que se había caído en la ruta y por eso no llegó a la capilla.

Recordé que a dos kilómetros antes de llegar a Berisso a la derecha se ve a lo lejos una capilla destruida. La recordé porque en la entrada del camino fue donde sucedió la tragedia de él. Ya casi estábamos por cruzar el desvío cuando sentí que la novia se abalanzaba desde atrás , entre los asientos, a los manotazos intentaba

agarrar el volante mientras yo la frenaba con el codo derecho. Ahí comenzó a gritar “¡Llévame, llévame! “Tengo que llegar”.

Seguimos forcejeando un poco hasta que logró tomarse con la mano derecha del volante y girarlo. Por alguna razón yo no solté el acelerador, supongo que por los nervios. Pero el auto derrapó de costado hacia la banquina, en ese segundo que el auto giraba mi cabeza se volteó hacia donde estaba ella y vi como la novia salía despedida del taxi atravesando como una niebla, los asientos y las puertas. Se le levantó el velo y en su rostro no había nada. Revisé las ruedas y arranqué.

Anette

Marcos Fleming

Pocos lugares en el mundo eran tan lúgubres como aquel alejado poblado a orillas del Mar Atlántico. Los grandes vientos del sur que barrían y acariciaban la costa tenían una especie de sensación extraña en su recorrido. A pesar que los inviernos fríos quitaban las ganas de recorrer el territorio vacío de sensaciones y desahogo, se encontraba un viejo hotel de gran categoría.

El Tranquility Base Hotel and Casino promovía al turismo en casi todas las épocas del año. Era un lugar transcurrido por una particular clase élite de la sociedad. Desde funcionarios del Estado hasta los personajes más populares de las familias más poderosas del territorio, todos pasaban al menos dos o tres días alojados en él. En las puertas de la recepción se encontraba una joven dama llamada AnetteTouqueville, una fémina inmigrante francesa. La muchacha estaba a cargo de todo el personal laboral y no tenía fama de ser una buena persona.

El ministro de Hacienda se encontraba alojado en una de las máximas y lujosas habitaciones junto a su esposa y dos hijos. Esa tarde decidieron ir juntos a jugar al golf en familia. Cuando descendían el funcionario con voz ronca se acercó a Anette con cara de descontento y emitió un grito.

— ¡Debo destacar el mal olor de la habitación y en la porquería que me hacen alojar!

— En cuestión de minutos su habitación estará como nueva señor— contestó Anette.

Furiosa fue en busca de las mucamas para ordenar que remodelaran en cuestión de segundos la habitación del ministro antes de que se acercara nuevamente posterior a su juego. Habían pasado más de dos horas y las encargadas de limpieza no se disponían a bajar. Entonces decidió subir para verificar que la tarea estuviese resuelta. Cuando entró a la habitación se encontró con una escena del horror. Resulta que las mucamas estaban llorando tiradas en el piso sin poder emitir una palabra, ambas con sus caras pálidas de miedo. Esta comenzó a preguntarles qué era lo que estaba pasando, pero ninguna pudo contestar. Cuando quiso voltear a la puerta en busca de ayuda, fue interceptada por una energía que la dejó fría por un momento, había algo que no la dejaba seguir, pero tampoco podía describirlo.

Con su cara llena de sangre se presentó una figura de una niña de aproximadamente unos diez años de edad. Su tez pálida hacía pensar que no se trataba de una persona real y en cuestión de segundos su imagen se desvaneció en el aire. Dejando un tenebroso frío en el ambiente. Esta intentó ir en busca de ayuda pero no pudo concretar la acción cuando cayó desmayada en el pasillo frente a la habitación.

Cuando despertó se encontraba atada de pies y manos en lo que parecía el sótano del hotel. Al querer pedir auxilio a gritos se dio cuenta que no podía emitir ningún sonido, ya que su boca se encontraba amordazada por lo que parecía una gran tela abollada. Al levantar la mirada puede observar cómo se encontraba desnuda en el medio de una escena que podría interpretarse como una especie de ritual, rodeada por unas diez o dos personas con túnicas negras. A la luz de las velas en el medio de la oscuridad donde no podía encontrar rastros de ningún rostro.

Uno de los protagonistas de lo que parecía un ritual, se acercaba a la jovendiciendo que ella no era una víctima, que ella era la que había deseado estar en ese lugar, que lo merecía, pero que se quedara tranquila que esa tarde no iba a morir. Después de estas palabras Anette volvió a perder el conocimiento.

A la mañana siguiente logró despertar en medio de un lugar oscuro en compañía de otras cuatro mujeres. Todas estas se encontraban tiradas en el piso, con las telas que cubrían sus cuerpos todos desgarrados. Un hombre se acercó y apuntó con el dedo, se refería a Anette. Es entonces cuando dos individuos de contextura física grande toman con violencia a la anonadada mujer y la llevan a lo que sería la habitación de al lado.

Ella no entendía lo que estaba pasando. El hombre que había decidido por sobre las mujeres se acercó y se tiró encima de ella. Es obligada a mantener relaciones sexuales sin su consentimiento. A pesar de que ella se negó de todas las maneras posibles, es violada sin pudor. Después de que el hecho sexual concluyó, el hombre se quedó dormido al lado de la joven, que llorando intentaba reflexionar y entender qué estaba pasando. Posterior tomó la decisión de ir en busca de ayuda hacia la puerta o simplemente buscar una respuesta de lo que sucedía. Cuando logró llegar con total desesperación, la situación empeoró.

Del otro lado de la puerta se encontraba la habitación del ministro. En ella estaban ambas mucamas llorando y sin poder hablar. Su uniforme era el mismo de todos los días, la joven estaba en shock. No entendía los acontecimientos. Era como si la situación traumática experimentada nunca hubiera pasado.

Funeral de un muerto

Enzo Gargiulo

Siempre me pregunté qué pasaría cuando yo me muera. No me duele nada, en realidad no siento nada de mi cuerpo, solo floto ¡Pero la puta madre! ¿Cómo puede ser posible que siga teniendo miedo después de la muerte? Esto ya es el colmo. Encima no puedo entender a qué le tengo miedo. Solo lo siento. Si tuviera que explicarlo sería algo así: está oscuro y frío, no tengo certezas de nada, solo sé que es terrible. Me volví loco pensando qué podría ser. Aunque debo reconocer que superé toda expectativa. De a poco vuelven los dolores, las sensaciones, como recuperar las emociones del cuerpo. El dolor en mi estómago es casi insoportable. Tiemblo en cada milímetro de mi cuerpo, en lo más recóndito. La transpiración ya no puede ser contenida ¿Me va a tocar a mí o peor, a alguno de mis hermanos? Bueno, al final me pasó a mí, por lo menos me ahorré estar en la situación en la que están ahora ellos, mi padre y madre, mi abuela. Sé que no podría con el dolor que están sintiendo ellos ahora, eso seguro. Esto es el miedo.

Aprovecho a contarte que veo todo, absolutamente todo. Siempre odié los funerales, porque hay un código ceremonial, de etiqueta implícito con el cual me concuerdo en nada, porque elimina, o por lo menos milita, el cómo te debes sentir ante la muerte de un ser querido. Veo a mis amigos, vestidos de traje negro opaco,

parco, imolutos y perfectos, tengo que confesar que casi nunca los vi tan bien vestidos; tan formales.

Qué triste que esta sea la ocasión para verlos así, pero están ahí poniendo el pecho, en primera fila y con los ojos rojos de tanto llorar. Mis hermanos y viejos me parten el alma. Verlos así me duele de sobremanera. Ahora, sumado al miedo, también hay congoja en mi corazón. Es tan fuerte que creo poder mover mi cuerpo ya muerto, aunque si pudiera hacerlo no sé si lo haría ahora que lo pienso bien. No quedaría nadie en la sala.

También hay tiempo para la hipocresía en el velorio. Tíos y primos lejanos que seguro no se acuerdan de ni de qué cuadro soy hinch, se presentan y tienen el descaro de hacer que lloran pretendiendo que lamentan mi partida. Me da bronca. ¡Epa! Otra emoción más. Ya empiezo a dudar de estar muerto y viviendo mi propio velorio. Pero volviendo a los impostores (y no es que yo sea santo de su devoción, dios no) los veo con desprecio y pienso: ¿Con qué necesidad? Con que te hubieras presentado era más que suficiente, o ni siquiera eso, sería más honesto. Aunque no me conmemoran a mí, sé que vienen por respeto y miedo al juicio de los vivos. En fin, todo transcurre en silencio y ameno, como dictan las reglas de la sociedad, no las mías. Hubiese preferido un lloriqueo, y luego mis amigos se hubieran ido de joda con mi cuerpo, seguro me hubieran puesto en una silla de ruedas, soy un niño grande y pesado como para ir cargando a rastras, je.

Bueno, se terminó mi velorio, lleno de emociones, variadas emociones en mí y en los presentes en el lugar. Todos se retiran lentamente, y veo cómo se llevan mi cuerpo al horno, a punto para la vasija, o urna, o bueno, escapa de mí adónde me van a llevar. Pero ahora, realmente, ¿a dónde me voy?

El silencio de las cadenas

Martín Giménez

Ese día llegamos temprano del campo, no porque la jornada sea aburrida ni mucho menos, pero el tío no quería quedarse más en ese sitio el cual le traía recuerdos de chico.

Nos quedó la duda del porqué, y ni lerdos ni perezosos con mis primos fuimos a preguntarle qué era lo que había pasado. Solo una mirada helada fue la respuesta a

esa pregunta y el silencio más atroz de todos los tiempos al cual le siguieron los pasos de, cómo decirlo, huir de nuestras preguntas.

Más fue nuestra curiosidad y más quisimos investigar sobre eso.

—Abuela, ¿qué le pasó al tío Félix que no se quiso quedar más en el campo?— preguntó mi prima Lore.

—Por nada y no pregunten lo que no quieren oír.

No solo nos sumó más curiosidad sino que nos llevó a preguntarnos entre nosotros que era lo que espantó tanto al tío. Para que se entienda y se ponga más énfasis, mi tío jamás tembló ante nadie, siempre estuvo al pie del cañón para ayudar y ante las tormentas más grandes él iba a buscar a los animales sueltos del campo.

Junto a mi papá, siempre fueron de los tipos más valientes que conocí. Mi papá, ahí están nuestras respuestas.

—Gero, ¿por qué el tío Fénix no quiere quedarse con el tío Dionisio?—dijo Luis.

—Cuestiones de grandes Luis, nada más.

—Loco, ¿por qué no vamos a quedarnos con Dionisio y vemos qué pasa? Yo no vuelvo a casa sin saber qué onda che.

—Pa, esta noche vamos con los primos a dormir a lo de Dionisio.

—Vamos entonces—dijo mi viejo y su respuesta nos sorprendió.

Pensamos que nos iba a retar o algo pero en cambio decidió acompañarnos. Salimos todos al campo y el día estuvo más que espectacular. Mandioca, locro y carnear para la noche del asado.

En “Riacho eh” (así se llama el paraje en donde nacieron mis viejos y tíos en Formosa) no hay mucho para hacer. A menos que pases del lado del Paraguay. Llegaron mis tíos Dionisio y Carlos del servicio, ellos son de gendarmería y de prefectura respectivamente. Viven en un lugar hermoso, pleno campo con hectáreas de naranjales y sandías.

Pasó el día. Llegó la noche y nos encontró comiendo asado y guitarreando. La noche se terminó y a dormir. Se asomó mi tío al alero donde estábamos la mayoría con hamacas paraguayas, o tirados en camas símiles colchones del momento.

—Si escuchan algo o ven algo no hagan nada, solo duerman y no le den bola, ¿está?— dijo y se fue.

Toro, Negro y Lupin nos hacían compañía, tres hermosos pastores alemanes durmiendo con nosotros. Entre las charlas y las risas las horas fueron pasando y los comentarios no se hicieron esperar.

—Pero al final de que tenía miedo el tío, es un boludo este.

Así muchas cosas más y nos fuimos durmiendo de a uno. La luna asomaba y la claridad parecía un tenue amanecer en medio de la noche. Cero mosquitos, me di vuelta y Toro se acomodó al lado a dormir.

Solo vi a Toro levantando las orejas y los 3 perros gruñendo primero suavemente como si algo los molestar.

—Martín, Martín, mirá allá...— mi prima Morena que me despertaba.

Solo notábamos la figura de una mujer que estaba cerca del pozo. Pensábamos que era mi tía Silveira.

—¿Tía precisás que te saque agua?—dijo Nico.

La mujer se detuvo cerca del pozo y la luz de la luna la iluminaba, estaba de espalda y la cadena que llevaba nos pareció rara “¿La tía va al corral, o donde va?”, fue la pregunta generalizada. Se quedó inmóvil siempre mirando al campo la mujer y lentamente giró. Los perros se pusieron delante nuestro y solo gruñían. Nunca distinguimos su cara pero nos miraba, la sentíamos, y fue lo que dijo la Abu. La piel de gallina y un frío raro nos corrió a los seis que estábamos ahí.

La mujer se agachó y solo vimos un bulto. Los perros pasaron del gruñido al ladrido y toreaban, pero nunca se fueron de nuestro lado. Se prendió la luz de adentro, y salió mi tío con la escopeta y mi viejo al lado gritando. El susto que nos pegamos fue un griterío, pero no dejamos de ver a eso que parecía una mujer. Pero de ahí jamás se movió, y de al lado del pozo solo salió corriendo lo que hasta el día de hoy fue un perro grande, pero con cadenas a su alrededor.

—Vengan adentro a dormir.

Los perros nos siguieron y nadie dijo nada. El silencio se hacía notar y al rato los perros se pararon al lado de la puerta. Estaban uno al lado del otro, con sus orejas paradas y atentos a algo. Algún gruñido de tanto en tanto y la imagen que pasaba por la ventana. La mujer estaba afuera, esperándonos y nadie decía nada.

Esa noche no dormimos. Amaneció y todos nos cambiamos y salimos a dar vueltas a la casa a ver qué pasó. Obviamente no vimos nada. En ese momento ninguno preguntó.

En Berisso, en un cumpleaños, Luis sacó un libro viejo. El “alma mula”, es una mujer que cometió incesto y blablabla...

Un primo que no fue ese día dijo: “Mira que va a existir eso, no sean mentirosos”. Solo callamos, reímos y nunca más dijimos nada.

—¿Será cierto o no? Si quieren le paso la dirección de mi tío y los invité a quedarse allí por las noches, después me cuentan.

En mi lecho

Diego Gómez de Morais

El adiós que no pude dar, mi familia, mis amigos y conocidos, todos reunidos, el llanto de algunos, las lágrimas incontenibles de otros, esos pequeños murmullos donde hablan sobre vos. Esas anécdotas de tus mejores momentos, esos “mi más sentido pésame” que se le da a la familia, esos abrazos sinceros donde me gustaría estar metido.

Estar en el medio de un salón, acostado, sin mover un solo músculo, sin poder ver ni escuchar nada. Un salón grande, espacioso, lleno de coronas y flores hermosas. Son decenas de personas que conocí, compañeros, amigos de la infancia, tíos, primos, gente muy importante en mi vida.

¿Y yo? Estoy ahí, tal vez mirando desde arriba (o tal vez no) pero sin poder hacer nada y sin poder despedirme, sin dar un último abrazo, sin poder mirarlo a los ojos y decirles “No lloren por mí, viví y no me arrepiento y cuando me acompañen que sea con una sonrisa” Ni siquiera pude cantar el último tema que tanto me hubiese gustado.

No, tengo que ver como luego de eso, todos salen del velorio y llevan mi cuerpo moribundo hacia un coche fúnebre, y como ellos se suben a sus autos para estar todos en fila detrás de mí yendo todos al cementerio para que varias personas me carguen y me entierren de una vez por todas. Tengo que seguir “observando” que sufren por mí.

Sé que jamás leerán esto, pero no lloren por mí, porque yo no me arrepiento de lo vivido, viví feliz, no me arrepiento de haber conocido a todos ustedes, quiero que estén felices, que me recuerden bien, con todo lo que fui, mis buenas y malas.

Yo los voy a estar esperando, no importa cuánto, mientras me recuerden yo siempre estaré vivo, si estoy en sus recuerdos, es porque habré hecho bien las cosas. Como se suele decir, los espero a todos en este “lugar mejor”.

Ajetreando el teléfono

Aluminé Guerra

Apenas unas luces tenues iluminaban las amplias cortinas que vestían un amplio salón decorado con enormes sillones grises y mesas de luz de antiguas épocas. Detrás de un macizo escritorio a la luz de una lámpara direccionada Cristina Fernández leía, firmaba, sellaba, corregía documentos en silencio con una armonía solo interrumpidas por el ritmo del sellado, de la vuelta de hoja y el trazado definitivo de su firma.

En la cocina de su casa, Mauricio Macri intentaba preparar un café para su nervioso invitado, que sentado en una banqueta revoloteaba los ojos con temor de observar “algo” y los volvía auto reprimiéndose a sus dedos que salpicaban sobre la mesada de mármol gris.

—Bueno Matías, me comentó tu supervisor que te estás desarrollando increíblemente en el ámbito de atención al cliente. Vos estás en la sede de Cerrito, ¿no? —dijo Mauricio Macri mientras miraba la cafetera desde abajo tratando de entender cómo funcionaba.

—Sí, sí. Hace dos meses estoy en la sede de Cerrito, muy contento la verdad del ascenso luego de dos años en atención al bienestar y confort del cliente—dijo como si estuviera en una entrevista laboral el joven trabajador de Mc Donald’s.

—Pedro, que es un gran amigo mío, se está encargando de todos los locales de esa zona, ¿sabés? Fuimos compañeros de tenis con él —se da por vencido con la máquina de café y con sus golpecitos en la mesa continúa— Bueno Martín...

—Matías —lo interrumpe.

—Matías, sí. Je, je. Bueno sabrás que te hemos invitado acá para que ejercites tus capacidades en trato al cliente. En este caso quisiéramos que hagas un pequeño llamado. Sabés que unos días me reúno con el Papa nuevo, y con mi equipo estamos viendo qué regalarle.

Matías sin comprender muy bien el fin de la reunión pero asintiendo a cada oración, empezaba a sudar bajo la lámpara caliente de la cocina.

—La idea, vos ya tenés cancha en esto, es que llames a un número telefónico que te vamos a proporcionar y que le consultes, según tus habilidades, qué considera esta persona que le gustaría recibir al Papa como regalo.

Una mucama se acercó con un teléfono inalámbrico y discó un número de un papelito. Cuando escuchó el tono se lo entregó al joven y se retiró.

Mientras tanto en la tranquila oficina de la ahora senadora, el ring del teléfono rompió con toda armonía de la habitación. Cristina miró sobre sus lentes fijos al teléfono que sonaba a esas horas. Se levantó de su escritorio y livianamente caminó hacia la mesita en la que vibraba el teléfono con cada “ring”. Se sentó delicadamente en el sillón y contestó.

—¿Hable?

—Hola señora. Me comunico hoy para hacerle unas preguntas —tartamudeó el joven.

—Hola, buenas noches ¿De dónde se comunica? —respondió Cristina con un tono sospechoso.

—Hola, era para hacerle una simple pregunta como ciudadano, ¿qué piensa usted que le gustaría que le regalen al señor Papa Francisco en la actualidad?

—¿Perdón? ¿De dónde se están comunicando? ¿Quién formula esta pregunta?

—El señor Mauricio Macri, señora —dijo sin pensar el joven, que ya estaba empapado de transpiración.

—¡No! ¡Cortá, cortá! —le empezó a gritarle Mauricio creyendo que susurraba.

Mauricio miraba descontrolado la mesa de mármol en la que se resbaló una “cajita feliz” de manos de su empleada.

—¡Pero pibe! No le tenías que decir que era yo, pero che—. Mientras mordía la hamburguesa le preguntó casi inentendible— ¿Te dijo qué quería?

El joven que empezaba a darse cuenta que había llamado a Cristina Kirchner, casi al borde de un ataque de pánico negó con la cabeza.

—Pero che... —susurró Macri mientras le daba unas palmaditas en la espalda al ahora bañado en transpiración trabajador de Mc Donal's.

—Buenos días, despacho de la Dra. Cristina Fernández de Kirchner, muy bien ahora la comunico —apretando un botón con el teléfono aún en la oreja la joven

secretaria que esperaba atenta— Doctora, se comunica la secretaría del Papa Francisco ¿la comunico?

En el ahora ajetreado despacho matutino, Cristina se retira a una habitación continua. Se quita los anteojos, se sienta delicadamente en el sillón y toma el teléfono.

—Sí querida, comunicame—espera unos instantes y retoma— Francisco ¿Cómo estás? ¡Buen día! Qué gusto escuchar de vos —tras una pausa se escucha.

—Acá estoy con un bolso de palos de golf y un equipo de práctica. La tarjeta dice que es un regalo del Sr. Mauricio Macri ¿Vos sabés cómo se le ocurrió esto?

Cristina hizo silencio y sonrió para sus adentros.

¿Ahora aparecen?

Melina Martínez

Ayer a la noche, ayer estaba viva y hoy ya no desperté. En un abrir y cerrar de ojos, todo cambió. Apoyé mi cabeza en la almohada, cerré los ojos y cuando los abrí, estaba presenciando mi velorio ¡Por favor! Estaba viendo mi cuerpo en un cajón.

La gente entraba, lloraba a mi lado, bueno, al lado del cuerpo que tenía cuando estaba viva. Me sorprendió tanta gente todos parecían tristes por verme en ese estado. Me reía tanto para no llorar. Me indignaba tanta hipocresía, tanta falsedad a la vista, ninguna de sus lagrimas eran reales, eso era lo que más me dolía.

Todos ellos aparenten ahora que me fui, ahora que ya no puedo hablarles. Me dejaron sola, angustiada y ninguno fue a verme. Ninguna de esas personas me acompañó en mi dolor y así pasó. Morí de tristeza teniendo tanta gente cerca, pero lejos a la vez. Presentes físicamente, pero ausentes para acompañarme.

Les puedo asegurar que no hay nada peor que sentirse solo, pero aún más doloroso es sentir la soledad con alguien al lado. Es un sentimiento vacío y oscuro, ese de saber que podés gritar de dolor desesperadamente, pero nadie va a escuchar, nadie va a sacar su mano para ayudarte. Así de fría es la soledad, así de cruel, así de hiriente.

En este momento me siento peor; me duele que me hayan dejado tan sola y que ahora estén acá, llorando como si les importara. Si tanto les importaba, ¿por qué no

lo demostraron antes?, ¿por qué no me ayudaron a salir del pozo del que estaba, en vez de dejarme sola, llorando en la cama?, ¿ahora aparecen y me quieren?

Bueno, así son las personas. No valoran, no demuestran, pero te morís y aparecen hasta los compañeros del primario. Ahora aparecen.

Mi último día

Facundo Hernán N

Fue un día nublado, mis familiares y conocidos entraban cabizbajo al cuarto donde permanecía mi cuerpo inmóvil en un ataúd abierto. Era un lugar grande, lleno de sillas que separaba a la familia de los demás. Había un clima muy tenso, se notaba la tristeza en el ambiente, muchos ojos llenos de lágrimas y gemidos que se le escapaban a alguno que otro.

Mi madre, aquella que estuvo en los mejores momentos de mi vida, quien supo sobrellevar los problemas, tenía que sufrir fríamente mi pérdida, la última despedida. Su cara lo hacía notar. Era el rostro de una persona que sentía una ausencia terrible, que en ese instante no encontraba consuelo en nada. Después de ver mi cuerpo acostado horizontalmente por un largo rato, salió rápidamente del velorio. No pudo contener la tristeza, ese dolor agudo que le provocaba mi muerte.

Mi hermano mellizo, que de la familia era el más cercano a mí, había preparado un discurso, que al empezar a leerlo se le cayeron algunas lágrimas. Al rato se largó una lluvia que se hizo sentir y que no iba a cesar ni aún terminado el funeral. Una vez finalizado, le agregó unas palabras para remarcar algunos momentos felices antes de despedirme.

Fue el fin del funeral, la gente se iba lentamente decayendo en la tristeza, golpeándose con la soledad y preguntándose cómo se puede estar ausente en los momentos más difíciles para una persona.

Él me mira

Cristian Payalef Aramburu

Acabo de despertar, varias gotas de sudor recorren mi frente y culminan sobre mi almohada. ¿Alguna vez sintieron esa sensación de estar siendo observados por alguien o algo? Porque es así como me siento en ese momento.

Mientras mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad, busco desesperadamente alguna mirada intrusa en mi habitación. Logro divisar una figura difusa a los pies de mi cama. ¿Qué es? ¿Me está mirando? Sí, él me mira. Claramente me está mirando.

Cierro los ojos unos segundos más. No hay por qué entrar en pánico. Seguramente es una especie de ilusión óptica o algo por el estilo. Tiene que serlo, ¡tranquilo! Respiro y me tomo algunos segundos más. Voy a mirar de nuevo. Sigue ahí.

Pude verlo un poco mejor, pero no lo distingo ¿Es un niño? ¿Es un duende? No lo sé. Solo sé que es una criatura horrible hostil como un demonio. Está agazapado a los pies de mi cama. Todavía me mira.

No solo sigo sudando, sino que mi corazón parece saltar de mi pecho a mil revoluciones. Intento conservar la calma, ¡quiero gritar! Ojalá pudiera. Todo mi cuerpo está paralizado ¿Estoy soñando o despierto? Ya no estoy seguro de nada.

Sigo luchando para mover alguna fibra de mi cuerpo, pero cualquier esfuerzo es inútil. Estoy en un estado inerte. La misteriosa silueta comienza a acercarse. Cierro los ojos, casi ni respiro. Me resigné a no recuperar la movilidad. Solo espero que esta pesadilla culmine lo antes posible.

Se está acercando cada vez más. Siento todo su peso sobre la cama, casi encima de mí. Tengo un gran nudo en la garganta. Cada inspiración es más lejana que la anterior. Si supieras rezar lo haría, seguro que lo haría. Podría jurar que escucho su respiración. No tengo el valor para abrir los ojos. Los aprieto con todas mis fuerzas mientras un frío espectral recorre una a una mis vertebrae. Lentamente, este ser maldito sube hasta mi pecho. El aire parece ausente. Siento todo su peso sobre mí. Creo que es el fin.

De repente ha aflorado en mí un atisbo de valentía. O tal vez solo sea resignación ¿Qué más da? Estoy dispuesto a enfrentar a este espectro. ¿Qué más podría perder? Si de todas formas voy a parecer.

Al fin me decido. Abro los ojos. Los rayos de luz que entran por mi ventana casi e enceguecen. Mi madre acaba de abrir las cortinas y me trae el desayuno a la cama.

La bestia no está y los únicos rostros de su visita son el de mi corazón que sigue palpitando muy fuerte y mis sabanas mojadas.